



Especial: 19 de marzo - Día del padre

LAS MIL Y UNA FORMAS EN LA QUE LOS HOMBRES VIVIMOS NUESTRAS MASCULINIDADES II



DE TRAJE TERNO Y AGUAYO

Erik Fernando Molina Chávez

“Ojalá que le llamen a Raquel del banco, le dijeron que hasta hoy lo harían”. Así reflexionaba Gerardo, un joven esposo y papá de dos pequeños niños. Él trabajaba como ejecutivo de ventas en una importadora de libros por El Prado paceño, pero, debido a la pandemia, hacía seis meses que le habían rebajado su horario a la mitad y con ello su sueldo. Vivía hacia un año con su esposa, y a pesar de que en su casa escaseaban muchas cosas, el amor que se tenían era sincero. Esa tarde, Gerardo miraba por la ventana del minibús hasta que su meditación fue interrumpida por una sorpresiva llamada.

—Buenas tardes, le hablo de Recursos Humanos del Banco Boliviano Nacional, busco a la Señora Raquel Chaiña —fueron las palabras que escuchó cuando atendió su celular. Él sabía que su esposa había participado de un proceso de selección semanas atrás en aquel banco, así que emocionado respondió que ella era su esposa. —Por favor dígame que debe incorporarse mañana jueves a nuestras oficinas de El Alto a las 7:30 a.m. —instruyó la trabajadora del banco. Gerardo se encontraba campante porque sabía cómo su esposa había terminado con mucho esfuerzo sus estudios de contabilidad en un instituto de El Alto.

Al llegar a la casa donde vivía, sacó sus llaves para abrir la puerta y ese sonido fue la alerta para que su pequeña Lucita de tres años corriera hacia sus brazos, Gerardo se inclinó para alzarla y después se dirigió hacia Raquel: —Mañana empiezas —le dijo. Ella emocionada pegó un grito y pidió detalles.

—¿Qué te dijeron?, ¿a qué hora debo estar?, ¿a qué hora te llamaron? De repente recordó que acordaron que la tía de Gerardo los ayudaría con el cuidado de los niños, así que Gerardo inmediatamente se comunicó con ella.

—Hijito, me alegra que Raquel ya trabaje, pero no voy a poder ayudarte con las wawas, mi comadre me está traspasando su tienda de ropa, vas a disculpar —respondió su tía a la solicitud de Gerardo. Ella era la única familiar que tenía porque tanto él como su esposa eran de Sorata y habían apostado por venir a la ciudad en busca de una vida mejor.

—Pero hijito, el localito es grandecito no más, allí puedo vértelo a las wawas —exclamó su tía, entusiasmada al recordar que el local tenía espacio y los niños podían estar allí. Sin embargo, recién atenderían desde las ocho de la mañana y Raquel debía estar una hora antes en su nuevo trabajo, por lo que Gerardo tenía que diseñar un nuevo plan.

El reloj marcaba las 6:10 a.m. del día jueves, Raquel se miraba en el espejo y veía como aun le quedaba bien el traje de su promoción que no volvió a usar y, después de dar un beso a sus niños que aún dormían, salió hacia su nuevo trabajo.

Gerardo continuó vistiéndose, se puso un traje gris, corbata azul, zapatos brillosos y crema de peinar en el cabello. Ese era el atuendo que usaba para ir a trabajar. Encendió la TV y puso la caricatura favorita de Lucía, para que la niña vaya despertando de a poco. Mientras tanto, Gerardo le cambiaba de ropita a tiempo que le decía en tono suave que iban a salir. Después tomó al pequeño Tomasito, que tenía poco más de un añito, y con cuidado para que no se despierte, le cambió el pañal, no sin antes ponerle una crema para las escaldaduras. Le puso un buzo, chompita y gorrito lo envolvió en una manta de aguayo y le acercó su biberón para que aún siga durmiendo. Hizo un nudo a los extremos del aguayo y se cargó al pequeño Tomasito por delante, así podría verlo y atenderlo más

fácilmente si empezaba a llorar, tomó a Lucía de la mano: —te vas a agarrar fuerte, vamos a ir donde la tía —le dijo y salió de su casa. Corrieron a la parada del minibús que los llevaba hasta El Prado; algunos lo miraban con curiosidad porque no era usual ver un hombre con traje y corbata cargando a su niño en un aguayo y además con una niña pequeña de la mano.

—Hijo pasá, dejales aquí a las wawas y apurate, vas a llegar tarde a tu trabajo —le recomendó su tía al verlos llegar. Gerardo bajó y entregó a los niños y antes de dirigirse hacia su trabajo besó en la frente a su pequeña Lucía: —Vas a hacer caso a la tía, yo iré a mi trabajo y voy a volver para llevarlos a casita —le dijo y la pequeña asintió con la cabeza, con la tranquilidad y comprensión de una persona adulta.

A las tres semanas que Gerardo llevaba, como todos los días, a sus niños, un señor que se sentó a su lado en el minibús le preguntó: —¿Por qué no les lleva su mamá si tú igual trabajas? —a lo que, con una serena convicción, Gerardo respondió: —No son exclusividad de la mujer estos menesteres, el amor de un padre no solo es de palabra, sino de hechos, eso es ser un hombre mi estimado amigo —le dijo.

A solicitud del autor: Este reconocimiento es para el hombre valiente de la fotografía.





ADAPTÁNDOME AL CAMBIO

Carlos Fernando Oyardo Calle

Todo inicia en un pueblo muy alejado de la ciudad, donde dos hermanos gemelos, Tyler y Jaren, crecen rodeados de una familia numerosa. Esta está compuesta por 4 personas, incluyendo a Jaren y Tyler que, con 17 años, son los hijos mayores. Esta familia es bastante peculiar porque dentro del pueblo no se conoce un caso como el suyo. La familia está compuesta por el padre de familia y sus 4 hijos varones, ya que la madre falleció cuando nació su último hijo. Debido a esto, la crianza de los hijos fue un tanto peculiar y fuera de lo común para ese entonces, ya que lo usual dentro del pueblo era que las familias estuvieran compuestas por padre y madre. En la familia de Jaren y Tyler pasaba todo lo contrario: el padre y los hermanos mayores eran los encargados de hacer las labores de la casa. Esto causaba muchas dudas en Jaren ya que veía que sus amigos tenían un tipo de crianza muy distinto al suyo, haciéndole pensar si su familia tenía algo de malo, planteándose la siguiente duda a diario:

- ¿Por qué no puedo ser como ellos? ¿Por qué tengo que hacer las labores de casa? ¿Es acaso eso lo que tendré que hacer en mi futuro?, ¿ser como mi padre?

Tyler notó las dudas por las cuales estaba pasando su hermano, así que le dijo:

- También pasaron esas dudas por mi cabeza, pero ya pasará hermano.

Al día siguiente de esa charla, los gemelos debían volver al colegio, toda su mañana iba bastante normal hasta que en Jaren volvieron a surgir las dudas. Estas no quedaron ahí porque se enteró de que algunos compañeros hablaban a sus espaldas, diciendo que él no era un varón, que las labores que hacía en su casa eran labores destinadas a una mujer. Esto no le importaba a Tyler, porque sabía que los que estaban mal eran sus compañeros al no comprender su situación. Esto no pasaba con Jaren, quien decidió enfrentarlos al darse cuenta lo que decían de él, pero Tyler detuvo a Jaren y le dijo:

- Hermano, no tienes por qué rebajarte, ellos son los que están mal, ellos no conocen nuestra vida así que lo que digan de nosotros no nos debería importar, porque ellos son los que realmente están mal al tener una mentalidad tan cerrada.

Estas palabras calmaron a Jaren y los hermanos decidieron volver a su casa, donde Jaren decidió hablar con su padre sobre lo que le había pasado en el colegio y este le explicó todo:

- Jaren, entiendo lo que estás pasando, pasé lo mismo el día que tu madre murió y tuve que renunciar al trabajo para cuidarlos. Al principio fue difícil porque no conocía nada sobre el manejo del hogar y tuve que aprender en el camino. Debo admitirlo, al inicio fue muy difícil tener que cuidar a 4 hijos solo, pero tuve que hacerlo, cambiar la mentalidad que tenía y con la que fui criado. Pero esto me ayudó a ser un mejor hombre porque logré salir del estereotipo con el que fui criado: ese que dice que el hombre no tiene que ayudar con las labores de la casa. Ahora soy un mejor hombre porque conozco lo difícil que fue para tu madre criarlos con la mentalidad que tenía antes.

Con las palabras de su padre, Jaren comprendió que no tiene nada de malo hacer los deberes de la casa, que no pierde su masculinidad al entrar a la cocina, ir al mercado o muchas cosas que algunos dicen que solo son para mujeres. Esto causó que Jaren admire mucho más a su padre porque él no tuvo miedo a lo que piensen de él, sino que pensó en lo que será mejor para sus hijos.



ENSEÑA CON EL EJEMPLO

Roger Eliseo Ramos Rivera

Cierto día, en alguna ciudad del mundo, comienza esta historia. Se trata de una familia, integrada de cuatro personas.

La madre de familia, la señora María, una preparada enfermera que por su familia dejó a un lado su profesión y se quedó al cuidado de la casa y las tareas del hogar.

El padre, el señor José, comerciante de profesión y dueño de una próspera tienda de artículos electrónicos.

Ambos fueron criados en un entorno diferente, la madre en un hogar convencional de padres separados. El padre de una familia disfuncional y donde la violencia se presentaba diariamente.

Formaron su familia. La primogénita, una niña llamada Hilaria de solo 15 años y un varón llamado Joel de 10 años.

Un día el niño enfermó y tuvo que quedarse todo el día en casa al cuidado de su madre, para que lo pudiera controlar. Debido a esto, la madre no pudo cocinar a tiempo para la llegada de su marido y su hija. El marido, al ver que no encontró comida en la mesa, se alteró mucho y gritó a la madre diciéndole que él trabaja todo el día para que no lo reciban con la mesa puesta y, sin dejar a dar explicación delante de los niños, la golpeó y se fue.

La niña corrió a levantar a su madre. La madre y la niña terminaron de preparar el almuerzo rápido ya que Joel quería su comida, lo atendieron. Terminando de almorzar, se retiraron a lavar los platos y la niña angustiada preguntó a su madre si se encontraba bien. Su madre le dijo que sí. Por la noche su padre regresó tarde, no dijo una palabra y se recostó a dormir.

Al día siguiente, una semana antes de navidad, la familia se encontraba en el salón de su casa. Mientras el padre miraba un partido de fútbol, los niños armaban el árbol de navidad y la madre preparaba la cena.

Joel, en un momento de la noche, ordena a su hermana que le prepare su merienda, a lo cual la niña por distraída no prestó atención. Joel furioso se levantó y soltó una bofetada a su hermana.

La madre al escuchar el golpe salió corriendo y trató de reprender a Joel. Su padre se puso en medio, defendiendo a Joel.

Joel dijo con voz dura, es la única forma en la que ustedes entienden: ¡a golpes! La madre lo miró y miró a su esposo y le dijo:

—Tenemos que hablar en privado —y se lo llevó a la cocina y le dijo:

—José, ¿qué estás haciendo? Me quitas autoridad delante de nuestro hijo. Viste su forma de actuar con su hermana y no lo corriges ni dejas corregir, viste la actitud de tu hija a la agresión de Joel. Dime, ¿qué esperas en unos años?, ¿que a tu hija le hagan lo mismo? ¿Esperas que nuestros hijos vivan en tu mismo escenario? No tenemos ya ni comunicación.

José guardó silencio.

— Prometiste que no repetirías la misma historia, pero antes que esto llegué más lejos, prefiero que sigas ausente de esta familia.

José le dijo que lo sentía, que fue su error lo de aquel día y que hablaría con sus hijos terminando de cenar.

Fue transcurriendo la cena, y al finalizar de comer, Joel se quiso levantar de la mesa para ir a jugar con sus videojuegos.

Su padre lo miró y dijo: —Siéntate Joel, tengo que hablar con ustedes —se dirigió a su familia y comenzó disculpándose con su esposa.

—Discúlpame por la reacción que tuve contigo el día de ayer, me encontraba muy molesto y me dejé llevar por el momento. Y te pido perdón si es que te quité la autoridad hoy.

—Te disculpo y espero un cambio de tu parte.

—Hilaria, hija, perdóname sé que falté al respeto a tu madre, tú nunca lo permitas.

—Hijo, nunca levantes la mano a una mujer. Toda mi vida estuve equivocado y tuvo que pasar esto para que pueda recapacitar. No te hace menos hombre ayudar a tu madre, lavar los platos ni recoger la basura. A partir de hoy te comprometo y me comprometo a cambiar todo esto y ayudar a tu madre en todo, como tú debes hacer lo mismo.

—Levántate, vamos a lavar los platos mientras tu madre y tu hermana toman un descanso.

El niño protestó, pero hizo caso a lo que le dijo su padre. Entraron y conversaron de lo ocurrido, el padre le comentó que no tuvo una buena infancia y que no quería que su hijo terminara mal.

A partir de ese día el padre y el hijo ayudaron en las cosas del hogar, formándolo para ser un hombre correcto y con valores, y pudieron vivir felices.

Moraleja de la historia: el dialogo, la comprensión, la igualdad y el respeto son las bases para construir un hogar y una familia unida.



RELATO DE MI VIDA

Ale Siles Bonifaz

Tal vez no pueda entender por qué tuve que pasar por momentos difíciles. Me pasaba pensando por qué la persona que tenía como figura paterna era tan insensible y hasta llegué a pensar que yo un día, al crecer, me convertiría en una persona fría, pero fue todo lo contrario. Ahora considero que una persona puede cambiar su forma de pensar.

En esos momentos, mis tres hermanos y yo éramos muy pequeños. Mi papá fue para mí una persona buena, aunque había momentos en que hacía parecer que su personalidad buena solo era una apariencia. Pese a que nos daba todo lo que necesitábamos, él pensaba que todo lo podía solucionar el dinero. Después de trabajar solía llegar en estado de ebriedad, lo cual no era nada bonito porque él nunca utilizó las palabras para reclamar o pedir algo. Al llegar, siempre agarraba a golpes a mi mamá. Nosotros no podíamos hacer nada, éramos tan pequeños que solo nos poníamos a llorar debajo de la cama.

Me preguntaba por qué él lo hacía. Tenía un coraje q no podía controlar. Mi hermana mayor salió a defenderla y recuerdo que él le dio una cachetada. Pasaron días así y mi mamá se ponía cada vez más depresiva. Ya no sabía qué hacer. Finalmente decidió divorciarse. Yo solo comprendí los hechos, pero, aun así, tenía un rencor hacia mi padre.

Pasaron días y era un poco más tranquilizante no tener que lidiar con esos pleitos. Sin embargo, todo el incidente dejó traumas en mí. Al mínimo sonido que se escuchara, yo pensaba que era él quien venía. No podía dormir bien por las noches. Uno de esos días fui a mi escuela. Estaba en segundo de primaria. Mi papá vino al colegio a recogerme y la secretaria me llamó:

—Tu papá está afuera.

Yo salí a mirar, lo vi y dije: —él no es mi papá —y volví a entrar a mi aula. Segundos después, la secretaria volvió a llamarme y le reiteré lo mismo: que él no era mi papá.

La secretaria me dijo que a un papá nunca se lo niega. Ella no sabía por lo que yo había pasado, solo la miré y me fui. Desde ese día, no le volví a dirigir la palabra por cinco años.

Cuando llegué a primero de secundaria, me ofreció ir a vivir con él, pues ya había pasado mucho tiempo. Finalmente tuve que aceptar.

Llegando a su casa, él me dio un cuarto. Durante ese tiempo fue atento y bueno conmigo, me trataba bien. En un momento en el que estábamos conversando juntos, yo le pregunté si recordaba ese momento en el que lo negué en la primaria. Me contestó que sí, y a esa respuesta le siguió un silencio incómodo, pues yo lo miré y le dije: —lo siento, tenía mis razones.

Él me miró y me abrazó. Le pregunté por qué había sido violento si se suponía que nos amaba. Me respondió que no pudo controlarse, que también había vivido esa vida llena de violencia e incluso peor. Mi abuelo ni siquiera le daba de comer y tuvo que trabajar desde muy pequeño. Siempre le repetían que era hombre y que podía ya trabajar. Mi abuelo lo mandó al cuartel a los 15 años, pensando que ahí se iba a “hacer más hombre”. Mi papá sufrió y yo pude entenderlo porque creció con un pensamiento machista que le implantaron sus padres. Él me decía que nunca quiso que mis hermanos y yo pasáramos lo mismo, pero cómo podía ser un buen padre si nunca tuvo un ejemplo a seguir.

Yo tal vez no tuve un ejemplo a seguir. Aun así, no quiero cometer los errores de mi padre, quiero quitar esa mentalidad de que por ser hombre tengo que ser machista. Estamos en otras épocas, en unas en las que tanto como hombres como mujeres tenemos los mismos derechos. Los problemas se arreglan con palabras, no con golpes.

An illustration of a young man with dark hair and a serious expression, wearing a dark blue t-shirt. Two hands are placed on his shoulders, one from above and one from the side. The background is a mix of light blue, white, and dark red. Three speech bubbles of different colors (dark red, olive green, and dark brown) contain text. The overall style is a watercolor or soft-pencil illustration.

“cuando tu tengas
tu esposa tienes
que pegarle”

“tienen que
hacer caso a lo
que el esposo les
diga”

“Tú no tienes
que ser tonto,
vos tienes que
tener varias
mujeres por algo
eres hombrecito”

“porque
son
mujeres”

SOY HOMBRE Y ACEPTO MIS ERRORES

Brayan Apaza

Cuando era niño, me gustaba salir a jugar a la calle junto a mis amigos, llegaba de la escuela y rápidamente almorzaba para salir a jugar. Un día, mi mamá fue a recoger mis calificaciones a la escuela, y cuando llegó a casa, empezó a reñirme porque yo había reprobado. Me sentí mal porque ella estaba enojada conmigo y me mandó a mi cuarto para que hiciera mis tareas. Más tarde, ese día, llegó mi papá de la mina, pues ahí trabajaba. Mi mamá le mostró las calificaciones y yo creí que él me regañaría, pero no fue así, él empezó a gritarle a mi mamá y le decía que si yo era un flojo era por culpa de ella, le dijo que ella no me controlaba y que me dejaba hacer lo que quería, pero eso era mentira. Quizá él lo decía porque pasaba todo el tiempo en su trabajo. Me sentí mal ya que por mi culpa él le gritó a mi mamá.

Desde ahí trate de mejorar mis notas en la escuela para que mi papá ya no le gritara más a mi mamá. Después de eso, en un fin de semana y como de costumbre, mi papá se fue a tomar bebidas alcohólicas con sus amigos a la cantina. Mi mamá tenía miedo de que se gaste la plata que ganaba para comprar alimentos y me llevaba a mí para recogerlo de la cantina en la que él acostumbraba ir a tomar. Una vez estando ahí, teníamos que esperar a que termine sus bebidas porque si no se enojaba con nosotros. Lo llevábamos a casa y al día siguiente mamá hablaba con él para que deje de hacer eso. Mi papá decía que trabajaba todo el día para darnos de comer y que si tomaba era para desestresarse.

Yo entendía eso, pero lo que no entendía eran las cosas que empezaron a pasar después. Mi papá, de un día para el otro, empezó a beber más a menudo. Recuerdo que un día llegó temprano del trabajo, entró a la cocina y mi mamá lo atendió. Le preparó la comida y cuando mi papá vio que era algo que no le gustaba empezó a gritarle y le dijo que cómo se le ocurría darle de comer algo tan feo, que dónde estaba el dinero que le daba. Ella le decía de que no siempre alcanza la plata porque también nos daba a nosotros para ir a la escuela. Como él estaba enojado, agarró el plato de comida y se lo tiró a mi mamá. En ese momento yo estaba en el patio, asustado, viendo cómo le hacía esas cosas, y de repente la empezó a golpear. Yo reaccioné y fui corriendo para evitar que mi papá la siga golpeando, no quería que la siga lastimando. No sirvió de nada. Él me dio un golpe sin querer y me empujó. Del susto ni siquiera sentí el golpe, mi papá salió de casa y se fue a beber. Vi cómo mamá lloraba y yo también estaba llorando. Me acerqué a ella y traté de calmarla.

Así pasaron los días. Cada vez que él llegaba a casa le gritaba a mi mamá. Triste, yo me tapaba los oídos para no escuchar esas cosas, empezaba a llorar o bien me salía a la calle para no sentirme tan triste de las cosas que mi papá hacía.

Cuando estaba en la calle buscaba un lugar para sentarme y me ponía a pensar sobre por qué era así, ¿por qué de repente empezó a golpearle y a gritarle?, ¿será que por ser hombre está haciendo esas cosas? Varias preguntas se me vinieron a la mente, aunque no tenían respuestas.

Un fin de semana volvió a la cantina y mi mamá ya no quería ir a buscarlo porque sabía que, si iba, mi papá la golpearía. Entonces, me dijo que vaya con él y evitara que gaste el dinero en bebidas con sus amigos. Llegué muerto de miedo a la cantina, entré y ahí estaba mi papá, tomando con sus amigos. Me acerqué y me hizo sentar a su lado. Mientras tomaban, noté que sus amigos le contaban que sus esposas hacían lo que ellos querían y si reclamaban entonces las golpeaban. Uno de sus amigos me miró y me dijo:

—Cuando tú tengas tu esposa, tienes que pegarle —, yo le pregunté: —¿Por qué tengo que pegarle?

El señor me dijo que si uno les pegaba era para que les hicieran caso, para que no les controlen, porque son mujeres y tienen que hacer caso a lo que el esposo les diga. También me dijo: —tú no tienes que ser tonto, vos tienes que tener varias mujeres, por algo eres hombrecito.

Después de lo que dijo pensé.

Ahora entiendo por qué mi papá cambió y se volvió violento, sus amigos le metían ideas en la cabeza, y con lo que aquel señor me dijo, dentro de mi mente pensaba:

—Si ser hombre es ser violento o ser mujeriego, hacer sufrir a otras personas, entonces yo ya no quiero ser un hombre, prefiero ser cualquier otra cosa antes que lastimar a las personas que más quiero.

Al día siguiente entré al cuarto de mis padres, y con lágrimas le dije que ya no lastime a mi mamá, que nos estaba lastimando a todos. Él solo me abrazó y después me pidió que salga de su cuarto. Se quedó hablando con mamá. Noté que él se disculpaba de las cosas que le había hecho pasar, de las veces que la golpeó. Le dijo que tenía problemas en su trabajo y que sus amigos le habían mal influenciado y que había cometido el error de escucharlos.

Después de eso, mi papá empezó a cambiar y con el tiempo vimos cuánto luchó por nosotros y dejó de hacer caso a las cosas que sus amigos le decían en el trabajo. Hasta el día de hoy, mi papá me demuestra la diferencia entre ser un hombre y un machista. Me di cuenta de que las cosas que mi papá hacía o lo que sus amigos le decían que haga, no eran cosas de hombres, sino actos machistas que lo único que generaban era el sufrimiento de otras personas.

Desde ese día entendí de que el hombre es aquella persona que acepta sus errores y lucha por lo que sí es importante, el amor de su familia.



BROWN FOX

José Antonio Francisco León Dávila

Mientras seguía a este hombre me di cuenta que yo era gay, o por lo menos bisexual. ¿Se imaginan contratar a un detective privado homosexual? ¿Cuántas mujeres habrían temido que yo les quitara a su ya de por sí infiel esposo? ¿Esto cambiaría en algo mi trabajo? ¿Cómo se define quién es el activo y pasivo? ¿Esto fue como la intolerancia a la lactosa que fui adquiriendo con los años? Entonces Marcelo pidió otra cerveza.

Solía sentarse en la barra de Brown Fox, un bar del centro de la ciudad, y desde que lo seguía hace algunas semanas lo había visto ordenar siempre lo mismo, chopp tras chopp se quedaba sentado, encorvado y sopesando su vida (o creo que eso hacía, si hubiera podido saber qué pensaban mis clientes, no habría terminado con una ratonera de despacho). Había descubierto una pasión inherente por lo contradictorio de su rutina: salía a mediodía de su trabajo y no regresaba en toda la tarde, pasaba por algún gimnasio que tuviera el primer día de prueba gratis, realizaba algunos ejercicios sin el calentamiento previo, era amable con las mujeres del servicio y con sus compañeras de entrenamiento. Siempre respetaba las señales de tránsito, paraba con los semáforos en amarillo y se detenía en los pasos de cebra para que algún niño o perro cruzara la calle, a veces también dejaba el auto en el parqueo y tomaba el transporte público (¡imagínense tener que seguirlo en micro!).

Era dueño de una pequeña consultora financiera. En su oficina, ubicada en una de las zonas comerciales de la ciudad, trabajaban también cinco personas, tres subordinados que cumplían tareas operativas acordes al rubro, una secretaria y la pasante de contaduría pública, una chica muy atractiva que rondaba los 25 años (y sí, la razón de las sospechas de su mujer). Marcelo usaba siempre camisas Tommy Hilfiger, no tenía más de 5 (lo había visto repetir en más de una ocasión), pantalones de vestir y mocasines cafés o negros dependiendo de su estado de ánimo (creo yo). Era mejor parecido de perfil que de frente (desde la izquierda), no era fotogénico, sus pómulos y orejas no encuadraban con la fisonomía del resto de su rostro; a diferencia del vino, la edad no le estaba mejorando el semblante. Caminaba un poco encorvado, pero era lo suficientemente atlético para no pasar por gordo. Saliendo del gimnasio, mejoraba la postura, pero la volvía a perder cuando entraba en la biblioteca municipal, tomaba todos los días un periódico diferente y revisaba los viejos, le gustaban mucho los encapsulados durante la última dictadura. Al recorrer las páginas, parecía que masajeara las hojas del diario, y yo sentía envidia del papel amarillento que recibía el tacto de sus dedos ensalivados. En más de una ocasión me sentí descubierto, pero tenía miopía, se quitaba los lentes (sí es que no lo mencioné antes) cuando pasaba de realizar una actividad a otra.

Cuando cerraba la biblioteca se dirigía al bar que mencioné al principio, llegaba para la Happy Hour de 6 a 8 p.m. (en Bolivia no sabemos mucho de inglés), como era conocido del lugar, pedía una canción al azar, a veces se escuchaba a Los Dandys, Soda Stereo o a Sam Cooke «el rey del soul» como decía Marcelo. Fumaba de vez en cuando y siempre pedía nachos para picar. En la primera semana descubrí que no engañaba a su esposa (o no lo hacía de esa forma), pero me gustaba verlo de costado, la forma en cómo peinaba su pelo con la mano derecha, las comisuras de sus labios que esbozaban una sonrisa al ritmo de Los Panchos, sus piernas crucificadas en el travesaño de la silla de Brown Fox y los ademanes y señales que solo entendían los meseros de cabecera, Marcelo y yo.



PIEL DE CHOCOLATE, CORAZÓN DE ALGODÓN

Miguel Angel Olmos Morales

En una tarde cualquiera nació un niño con la piel de chocolate y el corazón de algodón, se crio con una madre bonachona y un padre muy trabajador, cuatro hermanos mayores, tres de ellos hombres y una mujer. Se llamaba Matías y era el menor de todos los hermanos, el más mimado, pero a la vez el que más carga emocional tenía de toda la familia.

La familia de Matías vivía en los yungas, en una localidad llamada Dorado Chico, comunidad afrodescendiente de La Paz-Bolivia, la cual tenía 23 familias, todas llenas de amor, con altas y bajas en una pandemia que visibilizó mucho más la unión familiar y el valor de la salud... Más que la salud, el valor de una buena alimentación.

Matías, con 12 años de edad, vio morir una tras otra persona de la comunidad, dándose cuenta poco a poco que se fueron para no volver. Su madre le recalca siempre la importancia de cada uno de sus alimentos y plantas medicinales. Matías quería aprender a cocinar y a preparar alimentos e infusiones que solo las mujeres hacían. Cada vez que él quería entrar a la cocina, todos los hermanos le decían, —Matías, la cocina es lugar de mujeres, nosotros trabajamos la tierra y ayudamos en la cosecha de coca.

Al no entender por qué esa actividad era solo función de mujeres, se quedó con la duda y con las ganas de aprender.

En otra ocasión, su hermana de 15 años jugaba con sus amigas con muñecas y él decidió dejar la pelota y jugar con las amigas de su hermana. Una de ellas le dijo: —Oye maricón, jugar con muñecas es solo de mujeres y los varones solo juegan con pelota.

Las demás niñas no dijeron nada y el silencio hizo que Matías siga jugando solo en el patio de su casa, con la pared de adobe y su pelota vieja, teniendo un sentimiento de tristeza y frustración que nunca antes había sentido.

Entre juego y juego, decidió jugar al investigador y se ocultó en la cocina, viendo cómo su mamá cocinaba y preparaba las infusiones. Al salir de la cocina, en las tardes iba a ver dónde estaban las yerbas para las infusiones y veía de dónde sacaba su mamá las verduras para la comida diaria, se sentía feliz y aun se sintió más feliz cuando empezó a jugar a la casita con muñecas y con balones imaginarios en un partido de fútbol de mujeres.

Hubo una ocasión en la que su madre cayó enferma al igual que su hermana y algunas niñas de la comunidad. Al estar enfermas su madre y su hermana no había quién cocine en la casa y sus hermanos eran de la idea de que solo las mujeres entraban a la cocina.

Matías, al ver a su madre mal, recordó paso a paso las infusiones que él veía a escondidas hacer a su madre y también recordó cómo hacer el desayuno y las meriendas para mandar a su papá y hermanos al trabajo. El corazón de algodón de Matías hizo que se levante a las 5 de la mañana las dos semanas que su madre y hermana cayeron enfermas y preparara con su corta edad la merienda de toda la familia y los mates de hierbas para su mamá y hermana. Al ver eso, sus hermanos no dijeron una palabra sobre el pequeño hombrecito con la piel de chocolate y el corazón de algodón preparando todas las mañanas la comida. Al contrario, sus hermanos mayores empezaron a ayudarlo en la cocina y Matías les enseñó a preparar sus propios alimentos con sazones algo desabridas o en otras

ocasiones algo saladas por su poca experiencia. Pero esas comidas, muy aparte de hacerlas deliciosas o no, tenían sabor a familia y amor igualitario. Matías había roto con la idea de que había ciertas actividades que solo eran para mujeres.

En las tardes, mientras las otras niñas estaban enfermas en sus casas, él se escapaba y les llevaba las infusiones para que se sanen y, aun mejor, jugaba con ellas a las muñecas para que no se sientan tristes. Eso hizo que las niñas estén alegres.

Matías hizo que sus hermanos y su padre se dieran cuenta que el decir “solo lo hacen las mujeres”, es una actitud machista y patriarcal y que si el amor y el cuidado entre todos y todas existe eso es lo más importante para la comunidad.



DUERME SOÑANDO

Edson Beimar Mencias Llanos

Entre animales y selvas reales, el respirar, sonreír y caminar era lo normal para quien deseaba vivir bien.

Esta realidad no es la misma en la ciudad.

Mi nombre es Juan Manuel, nací en Irupana y soy orgullosamente paceño, tengo 19 años de edad, voy a la universidad donde estudio arte y me apasiona crear y dibujar más que todo. En mi tiempo libre ayudo a mi hermana Bea con sus bebés, ya que ella tiene mellizos y es madre soltera. El padre de mis sobrinos se fue con otra mujer a Brasil, pero mi hermana no se siente sola porque yo la ayudo. Mientras cuido a los bebés, ella va a hacer trenzas a sus clientas y aparte hace las más deliciosas Jawitas, que son las empanadas de queso propias del trópico paceño, las más deliciosas, por cierto.

Una tarde, mi hermana cayó enferma. Creo que se resfrió. Ya tenía las Jawitas listas y calentitas para poder llevarlas a sus clientes; sin embargo, ella no podía salir y mucho menos cuidar a los bebés. Pero yo sí, y así lo hice. Utilicé un aguayo, que es un mantel en el cual la gente aymara y quechua en Bolivia carga a sus niños pequeños. Cargué a Lucas, de 5 años. Cuando ya estaba bien encaramado en mi espalda, cogí con el brazo derecho a Bruno, su mellizo, y con la mano izquierda la bolsa de Jawitas. Me veía extraño con el aguayo en la espalda, una bolsa de Jawitas y un niño en la otra mano, me sentía excelente, por saber que tenía en la espalda y en el brazo derecho a dos pedacitos de hombres que solo saben amar y ser amados.

Al empezar a caminar, recordaba mis tardes en Irupana. No estaba cansado porque sonreía, caminaba y respiraba; pero de pronto vi que me observaban y entre murmullos pasajeros me decían “pobre marica”, “mira a la madrecita”, “cuidado te canses con el aguayo”. Eso era lo que en murmullos escuchaba, me sentí mal, pero tenía que hacerlo. Pregunte al viento: ¿por qué la gente era tan cerrada, ignorante y machista?, ¿Por qué el aguayo en un hombre era tan mal visto? El viento no me contestó, solo se puso más frío. Fueron 5 días los que pasé con mis sobrinos. Mi hermana fue sanando poco a poco y quedó agradecida. Vendí más de lo que ella vendía, las mujeres me veían y sentían compasión y mucho amor. Los hombres me veían y hacían que yo note la forma en la que me veían despectivamente.

Mi hermana me dijo:

—Juan Manuel, se lo difícil que es para ti el darme una mano con los niños y las ventas de Jawitas, que generalmente las hacen mujeres. Sé también de las burlas que debes haber tenido por llevar un aguayo, lamento mucho el estar en esta situación.

Mas yo le respondí:

—Yo no lo lamento, pasé los mejores 5 días al lado de mis sobrinos, me enseñaron a ver quiénes tienen la ignorancia y cobardía de ver debilidad en un hombre con un aguayo en la espalda, aprendí a ver que el valor de un hombre no está en tener un trabajo donde gane mucho dinero o tener la mejor ropa, aprendí que el valor verdadero de un hombre es trabajar y sentirse orgulloso de sacar adelante a la familia, sin importar burlas y malos tratos de gente ignorante ante un trabajo digno y honrado, y lo más importante es que aprendí que el ejemplo que le dé a mis sobrinos será el que lleven ellos toda la vida en sus corazones.

Después de un tiempo, mis sobrinos fueron creciendo, ellos son personas de bien, con valores y humildad en todas sus acciones. No caen en la ignorancia machista de creer que el hacer labores de mujer es algo vergonzoso o denigrante para un hombre, aún mejor, el compartir el trabajo de una mujer es valorar con amor el esfuerzo realizado día a día por un bien común.



DE MACHO A HOMBRE

Willy Jhonn Alcócer Salas

—¡Bien jóvenes, ha sido un gusto; pero este cuerpecito se va!...

—¡Bah, no me digas que el cholero se volvió pocholo ahora!

—Hummm, sentate viejo, sigamos festejando la llegada de tu hijo.

—Mi hermano, haga lo que le dicta el corazón, yo lo apoyo.

—Andá Martín, y me saludas a tu esposa.

Él, sin decir nada más, se paró, fue al baño a lavarse la cara y salió del boliche rumbo al hospital; pero mientras avanzaba, pensaba y recordaba...

—Tengo ganas de volver con mis amigos; pero me muero por estar junto a mi esposa y mi hija. Quiero acariciarla, besarla y darle las gracias por la oportunidad que me dio de ser padre. También deseo con el alma cargar a ese cuerpecito que me llena de dicha. Pensar que antes decía, “los machos no se casan”, y era porque tenía varias mujeres, hasta que conocí a la “feminista”, que no había sido “tan feminista”; sino, una persona con valores, como ella misma se identifica.

Él, hace un par de años, cambió su rutina de trabajo y diversión —que incluía a amigos y enamoradas— al involucrarse en campañas de prevención y orientación sobre trata y tráfico de personas, salud sexual y reproductiva, lucha contra la violencia hacia la mujer y otras más.

Involucrarse en ese ámbito fue un reto, cuyo objetivo era conquistar a la mujer que no se rindió ante sus palabras y sus encantos.

Esos meses de lectura, aprendizaje y participación en charlas de ayuda a alcohólicos y drogadictos, así como en la elección de la reina del colectivo LGTB y el apoyo a niños mujeres golpeadas, le sirvieron como una terapia para abrir sus ojos a un mundo que estaba ahí, pero que no lo veía.

Haber intervenido en una pelea de pareja, hasta agarrarse a golpes con el sujeto que resultó ser su compañero de escuela, mientras un par de niños presenciaba y lloraba desconsoladamente ante ese bochornoso espectáculo, le fueron cambiando su visión de la realidad.

—¡A una mujer no se toca, pend...!

—Tú no eres ni superior, ni inferior a nadie, eres único.

—Respeto todas las opiniones; aunque no las comparta.

Fueron las frases que dejaron a un lado a otras como:

—La mujer es pa' la casa.

—Quien tiene plata, manda.

—Ese marica de mie...

Sí, porque fue él quien incluyó en su grupo de amigos a un gay que no se animaba a salir del clóset; pero que luego, en medio de una farra, confesó su preferencia sexual.

Sin darse cuenta, ya estaba frente a la puerta de la sala donde su esposa lo agudaba con su bebé en brazos.

—Hola princesa.

Un tierno beso —mientras la mano acariciaba el rostro de la joven madre, antes de tomar al bebé en sus brazos con mucha delicadeza para luego mirar hacia arriba— inició el diálogo entre ambos...

—Y ¿cómo estás?, ¿cómo te fue?...

—Bien, tomamos un par de chelas y me despedí. Ah, Rubí te manda saludos.

(Sonriendo). —Me parece increíble que hayas cambiado tanto. Aún siento que me duele la mano después de la cachetada que te ganaste por decirme: “mi amor, conmigo llevarías vida de ángel, encuerada y sin dormir”.

—Y ahora, estás pendiente de las actividades de apoyo a los sectores más vulnerables...

(Acercándose). —No cambié, simplemente dejé salir algo que llevo dentro; pero que estaba escondido porque desconocía nuestra realidad. Haber vivido tantas experiencias me hizo comprender que el mundo no es como uno quiere, sino que debemos adaptarnos a él con nuestras mejores armas: los valores.

—Si queremos una sociedad más justa, más humana, debemos abrir los ojos, educarnos, valorarnos, y respetarnos, desde nuestras diferencias de opinión, económicas, culturales y demás.

(Tomándola de la mano). —Hay mucho por hacer, mucho por decir. Gracias por mostrarme el camino correcto. Ser hombre no es ser macho, es compartir las responsabilidades en el hogar, el trabajo y donde sea.

—¡Oh no, me olvide de avisarles a nuestros padres que ya eres mamá, ¡qué gacho!...



JAMES BOND ESTÁ MUERTO

Freddy Andrés Yañiquez Céspedes

Recuerdo que, desde mis edades más tiernas, el personaje de ficción James Bond representaba perfectamente lo que yo consideraba como una figura masculina. James era un elegante bebedor, un apostador inclemente, un experto tirador y un exitoso mujeriego, esos eran para mí los elementos que lo convertían en un ejemplo de masculinidad, un ejemplo que yo quería seguir a toda costa.

Una tarde, en noviembre del 2010, me reuní con unos camaradas del servicio militar para jugar póker. Al verme rodeado por mis camaradas más pudientes no pensé dos veces antes de comportarme como si fuera un experto apostador, claro, esto a pesar de no contar con dinero para apostar. Salí de aquella casa pidiendo prestado Bs.10 para poder retornar a mi casa, donde debía explicarle a mi madre que ya no tenía los Bs.800 que ella me había dado para pagar las facturas de luz y de agua. Durante mi retorno medité sobre James, sobre el vicio del juego, sobre cómo no pude detenerme al momento de querer ganar dinero fácil, sobre cómo las personas en las Vegas o en Mónaco lo pierden todo. Pensé también en la forma en que los japoneses hicieron declinar su imperio e iniciaron la violenta mafia Yakuza por el vicio del juego. Y pensé sobre todo en que el Agente 007 no debería arriesgarse a perderlo todo en un juego de cartas. No volví a apostar desde aquel día y no tengo ganas de volver a hacerlo.

Otro día, en 2013, me encontraba en Santa Cruz de la Sierra. En mi última noche en la metrópoli oriental decidí salir con mis primos a la venta de la esquina, esa que está justo al lado de la gasolinera "3 pasos al frente". Nos sentamos a beber cervezas heladas mientras conversábamos con los dueños de aquella tienda. De pronto, y mientras yo sorbía mi cerveza, dos motocicletas entraron con violencia a la gasolinera. Los dos pasajeros traseros bajaron portando cada uno una escopeta y se abalanzaron contra los jóvenes que atendían ahí. Al ver esto, don Said, que era el dueño de la venta, se abalanzó sobre el mostrador y de algún rincón sacó un revólver de cañón largo. El arma me recordó de inmediato a la que usó Sean Connery en "Goldfinger", un sentimiento de adrenalina me entró al cuerpo mientras veía al viejo Said acercarse a la puerta, con el arma empuñada en su temblorosa mano derecha. Después de dar un paso afuera, Don Said se metió el revolver dentro del cinturón y se prestó a correr la reja metálica para protegernos, pero justo después de guardar su arma, una de las motocicletas frenó de golpe frente al pobre señor. El hombre de tez negra que manejaba la moto gritó unas palabras en portugués mientras sacaba una pistola, soltó un solo disparo certero a la pierna de Don Said y arrancó la motocicleta otra vez. Su esposa explotó en un grito desgarrador y corrió al auxilio de su marido, mis primos fueron tras de ella tratando de contenerla sin mucho éxito. Mientras tanto, toda mi atención estaba fija en aquel revólver, que había quedado tirado al lado de la cadera del herido. Por mi cabeza pasó una escena de acción increíble, me imaginé tomar el revólver y correr en dirección a la avenida, dar tres disparos certeros y derribar a los asaltantes, luego correr tras ellos, quitarles las armas, recuperar el dinero y ser un héroe. Pero mientras imaginaba esa escena, un grito masculino me provocó el escalofrío más aterrador que he sentido jamás, mi vista al fin subió hacia don Said, cuya silueta ya estaba envuelta por su propio caldo. El señor solo podía gemir en un intento de expresar su dolor, doña Magui de rodillas lloraba sin saber cómo actuar y solo alcanzaba a gritar repetidas veces ¡No te vayas Said! Cuando la sangre del hombre llegó a mis pies, di un brinco hacia atrás espantado y mi vista volvió a dirigirse al revólver, entonces pensé en lo frágil de la mortalidad humana, pensé en cuán triste sería cargar con el sufrimiento de Doña Magui, pensé en que para ser el 007 había que tener una insensibilidad a la muerte que definitivamente yo no tengo. Desde aquel entonces las armas me aterran.

La lección más importante la recibí una noche de octubre en 2017. Tras un par de años intentándolo, al fin pude hacer mi novia a la chica más hermosa que vi por los pasillos de la universidad, aquel día asistimos a una fiesta en un lugar alejado y para cuando cayó la noche nos fuimos juntos a su casa. Llegamos a su cuarto y antes de que

alguien quiera encender la luz sucedió, fundimos nuestros labios hasta que el aire se agotó, nos recostamos en la cama, comencé a besar su cuello y a bajar mi boca mientras le quitaba la blusa desde abajo, al toparme con sus pechos mi alma se prendió en llamas, la perfección de aquellos montes alvinos invocó a los grandes pintores para celebrar la pureza, mientras exploraba su tersa y cremosa piel de nieve comencé a bendecir cada centímetro de lo que para mí era un lienzo virgen. Ella también me exploró, acarició cada parte de mi cuerpo y cuando me sintió totalmente desnudo me aferro al suyo con ambos brazos, mientras ella me abría el paso para la unión. En mi cabeza comenzó un coro que repetía a modo de juramento ¡Esta es la mujer de mi vida, a ella me debo hoy y siempre! Me sumergí dentro de ella en una fusión tan ardiente que vive hasta este día, después de unirnos la noche transcurrió natural, delicada, candente, perfecta. Al despertar, la sonrisa de mi rostro era imborrable, me puse de costado y tras ver a la que hoy es mi esposa abrir sus preciosos ojos, me puse a llorar. Ese día las delicadezas de su hermosura se grabaron en cada rincón de mis adentros. Mientras retozábamos abrazados en la cama, no pude evitar pensar en la cantidad de mujeres con las que alguna vez despertó James Bond y luego preguntarme ¿Alguna vez habrá sentido lo mismo que yo sentí, la primera vez que le hice el amor a mi amada? Cualquiera intención de ser un “mujeriego” desapareció esa mañana, mientras besaba tiernamente la cabeza de mi novia que se estaba quedando dormida sobre mi pecho.

Desde entonces entendí que James Bond ya había muerto, pero no fue un arma, ni algún villano en búsqueda de venganza lo que lo mató. James Bond cayó cuando el mito de aquella masculinidad de antaño también cayó. Pues ¿Qué le da el título de “masculino” a un hombre? Yo me siento masculino cuando recuerdo que es estúpido apostar el dinero con que podría alimentar a mi familia en un juego de azar, me siento masculino cuando le hablo a mi sobrino sobre los riesgos de la violencia y las armas, me siento masculino cada día al elegir ser un hombre monógamo, que tiene ojos solo para la mujer que él eligió como compañera de vida. Me siento masculino aun sin ser el Agente 007, porque ser masculino es mucho más que ser un elegante bebedor, un apostador inclemente, un experto tirador o un exitoso mujeriego.

